

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 29 MAYO 1897. NÚM. 22

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrásado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ADVERTENCIA

Rogamos á cuantos tienen pedidos folletos de *Los Crímenes del Carlismo*, que aguarden hasta el lunes próximo, pues han sido tantos y tan grandes los pedidos de estos últimos días, que estamos imprimiendo por tercera vez los tomos 1.º y 2.º

En la semana próxima pondremos á la venta el 4.º

LA ASAMBLEA NACIONAL

Se reunirá mañana en Madrid.

Que todos los representantes antepongan la idea de patria á las de interés propio ó de bandería, y la fusión será un hecho.

Esto desea y á esto contribuirá

EL MOTÍN

LA ASAMBLEA DE JÁTIVA

Gran espíritu de concordia y ningun exclusivismo; esto ha reinado en esa Asamblea. Por eso han podido llegar sus representantes, después de discutirlos en lenguaje mesurado, á acordar las Bases siguientes:

Bases

- 1.º Que es aspiración de toda la Asamblea la fusión en uno de todos los partidos republicanos y que se comprometen á realizarla cuantos estén representados en ella, disolviendo desde luego sus actuales organismos y continuando sus gestiones cerca de los que por cualquier causa aún no la hubiesen aceptado.
- 2.º Que la Asamblea acepta los dos procedimientos, sin dar preferencia á ninguno de ellos y aplicándolos con vigor hasta conseguir la sustitución del régimen vigente por el republicano.
- Con este fin entiende que deberá procederse con actividad y organizar el nuevo partido por el procedimiento genuinamente democrático, ó sea de abajo á arriba.
- 3.º Que por ahora deja esta Asamblea á cargo de la Nacional que ha de celebrarse el día 30 del actual, el programa de gobierno del nuevo partido, hasta la restauración de la República.
- 4.º Que como legalidad provisional hasta la constitución definitiva de la República por las Cortes soberanas, conviene aceptar la Constitución de 1869, sin lo que alude á la monarquía, y las leyes orgánicas de 1870, modificadas la municipal y la provincial en sentido autonomista.
- 5.º Que la Asamblea determina adherirse á los acuerdos de la Nacional, si sustancialmente responden, como responderán, á la bases anteriores, y en caso contrario, ó en el de que ésta no se realice, la

Mesa, en unión de la comisión, se reunirá en Valencia, con el fin de dirigir la organización del partido republicano único.»

Han concurrido á la Asamblea 296 representantes, figurando entre ellos los señores don Vicente Dualde, exdiputado á Cortes; don Camilo Pérez Pastor, jefe del partido republicano nacional de Alicante; don Aurelio Blasco Grajales, don José Zaragoza, don Fernando Gasset, y otros muchos caracterizados correligionarios.

Casi todos los casinos y sociedades republicanas de Valencia, Castellón y Alicante enviaron representantes, viéndose también en la Asamblea delegados de Villareal, Chilches, Onda, Almenara, Artana, Gaiel, Alcalá de Chisvert, Segorbe, Alcoy, Denia, Pego, Novelda, Agost, Callosa, Sagunto, Monóvar, Sagra, Lahuar, Elda y otros muchos pueblos.

Enviaron su adhesión de conformidad con los acuerdos de la Asamblea los republicanos de Aspe, Monforte, Campanar, y otros puntos.

En esa Asamblea de Játiva tienen los republicanos que van á reunirse un alto ejemplo que imitar. Háganlo, y la República ganará lo que la monarquía pierda.

VERDADES AMARGAS

Uno de los periodistas verdaderamente notables de España, me acusa en esta forma recibo del primer folleto de *Los crímenes del carlismo*:

«Recibí el folleto con el cual levanta usted un dique á la ola carlista.

La publicación es oportunísima. La decadencia de nuestra nación es visiblemente la decadencia por vejez, y, como los viejos, tenemos muy débil la memoria. Así se explica que haya mucha gente no política, pero tampoco mojigata ni hipócrita, la cual mira al carlismo como una esperanza. A esa gente le refresca usted los recuerdos de las ferocidades carlistas, y eso es un bien. Porque á la verdad y merced á la estupidez ó la degradación de la inmensa mayoría de los republicanos, el carlismo es lo único que ha quedado con cierta cohesión fuera de lo presente, cuya podredumbre es horrible; y sería muy triste, querido Nakens, tener á nuestra edad por toda salida la emigración á alguna república hispano-americana. ¡Si siquiera nos encontrase esto con quince años de menos, casi se podía uno alegrar!

Me figuro los ratos que pasará usted, por los que paso yo, que no tengo su vehemencia. Ni con la cirugía que usted ha querido aplicar, ni con la medicina que he procurado ensayar por mi parte, se adelanta ya nada. Lucha uno por luchar, por no confesarse vencido, pero sin esperanza. Cánovas, el gran pedagogo de la restauración, no ha corrompido á España; otros corruptores más grandes que él hubo antes; la ha encanallado. La Península es un inmenso patio de Monipodio; el Perchel se ha extendido por toda ella; y en el campo republicano no es donde tiene menos sucursales. Esto lo sabe usted mejor que yo.»

El que me habla así tiene perfecto derecho á hacerlo, por las ideas que profesa, la conducta que sigue, y por la gran satisfacción que tendría si le diéramos pretexto para reformar su opinión, que es la de muchos.

Obremos de manera que pueda yo decirle después de disolverse la Asamblea Nacional:

«Tenía usted mucha razón ayer para hablar como hablaba; hoy ya no la tiene.»

EL ABURRIDO DE VENECIA

Eran las cuatro de la tarde en el monumental reloj de la *Procuraduría Vecchia* cuando entré en la plaza de San Marcos.

El sol de primavera, tamizado por la sutil neblina de las lagunas, coloreaba con suave tinte anaranjado las tres alas de la plaza, con sus soberbias columnatas de mármol, y en el fondo, cerrando como muralla de oro el gigantesco cuadrilátero, alzábase la basílica de San Marcos, dorada, afiligranada, casi aérea, cual maravilloso relicario digno de ostentarse sobre el pecho de la esposa de Micromegas.

La banda municipal de Venecia, una de las mejores del mundo, conmovía los ecos de esa plaza, jamás despertados por el rodar de un coche, ni el trotar de un caballo, con la arrebatadora *cabalgata* de la *Wolkiria*; la valiente página de Wagner, que despierta estremecimientos de asombro y entusiasmo, parecía hacer palpar con momentánea vida los cuatro corceles de bronce pataleantes sobre la portada de la basílica; volteaban en el espacio como tromba de plumas los mil palomos de San Marcos, cubriendo tan pronto, cual mantos de reflejos metálicos, las mesas de los cafés al aire libre, como arrojándose con arrullador impulso sobre los grupos de niños que les presentaban granos de trigo en sus manecitas; y por debajo de los pórticos, ante las deslumbrantes joyerías y las tiendas de azulados espejos, paseaba esa población cosmopolita y bizarra, que la hermosura de Venecia atrae de todos los extremos del mundo: americanas morenas de ojos soñadores y varonil andar; austriacas esculturales, macizas, con la rubia cabellera suelta como bandera de oro, y esbeltas inglesas, ostentando bajo el hombruno sombrero de paja los bucles cenicientos y los ojos azules, profundos y melancólicos, que parecen reflejar la suave y tranquila belleza de los lagos de Escocia.

La primavera veneciana acariciaba la plaza con su hálito tibio, en el que se confunden la salitrosa y vivificante emanación de la laguna con los perfumes de los jardines del Lido. Brillaba al sol la decoración policroma de la plaza; parecían arder los muros pintados de ese rojo obscuro que domina en toda la ciudad y los artistas llaman *rojo veneciano*, y el aspecto de la animada muchedumbre traía á la memoria los recuerdos gloriosos del arte en Venecia, como si al mágico conjuro de la música de Wagner resucitasen todas las esplendideces fijadas en el lienzo por Ticiano, el Veronesse y Tiepolo.

Algunas palabras españolas que sonaron á mi espalda, hicieronme volver rápidamente la cabeza. Salían indudablemente de labios poco acostumbrados á pronunciarlas; las *erres* se arrastraban trabajosamente, sin lograr despojarse de su envoltura de *ges*, y las *jotas* acababan por no salir después de trabajosas intenciones de evasión... Eran sin duda comisionistas de comercio ó *turistas* que, preparando su viaje á España, ejercitábanse en el castellano.

Pero cuando al volver la mirada me encontré con un matrimonio que marchaba lentamente, cogido del brazo, parándose ante los escaparates, reconocí inmediatamente sus rostros, muchas veces vistos en ciertos periódicos, y no pude contener una exclamación de asombro.

Este último requiere explicación. ¡Extráñense los curas belicosos, los energúmenos de seminario, los aventureros que sufren la nostalgia del monte y al abrir el periódico del partido buscan inmediatamente la noticia de que el *Señor* sigue sin novedad en su importante salud, allá en el palacio de Loredan! Inconvenientes de las malditas creencias liberales é impías. Yo, tan español como ellos, estaba en Venecia cuatro días, y subyugado por la belleza de la ciudad, los esplendores de San Marcos y el palacio de los Dogas, ni remotamente había cruzado por mi memoria el recuerdo de que en el mismo sitio vive el hombre destinado por la Providencia para hacer la felicidad de España.

Por esto al verme repentinamente en presencia de D. Carlos y doña Berta, no pude contener el asombro que me causaban, no sus regias personas, sino mi falta de memoria y de respeto á la majestad.

La ví á ella, pequeña, delicada, con la tez amarillenta, de insignificante belleza, los ojos menudos pero vivos, con cierta altivez imperiosa que delata ambición y tenacidad. Los años pasados en el convento se revelan aún por cierto encogimiento, por falta de costumbre en llevar las modas modernas, hasta el punto de que el elegante vestido de luto parecía querer huir de su cuerpo moldeado por el hábito.

El era el de siempre: pero no impunemente pasan los años y se adquiere fama de atleta en los juegos olímpicos del placer. Aún está en pie aquel buen mozo que no dejó á una sola de las guapas muchachas de Navarra sin conocer á qué sabe la carne de rey; pero se sostiene como torre arruinada, con retoques y falseamientos interiores; la barba gris con más pelos blancos que negros, los ojos empuñados por las profundas arrugas de la pata de gallo, y el andar inseguro y pesado del que siente que los placeres se

Ayuntamiento de Madrid

vengan cosquilleándole dolorosamente la médula.

Apoyábase en el brazo de su mujer, y á pesar de su alta estatura, que aún parece mayor al lado de la pequeña doña Berta, notábase la superioridad de ésta. Se adivinaba el imperio de la mujer que, por ser dueña de los millones domina al marido arruinado, y poco segura de él, lo tiene á todas horas bien sujeto, imponiéndole su voluntad.

Aún recuerdo con todos sus detalles aquel encuentro. Cuando se pasea por el vacío de un país extranjero la irrisoria majestad de un trono fantástico, cuando se sufre el aburrimiento de la soledad lejos de una nación en la que se tiene partidarios y de los cuales se habla á todas horas á la mujer que ha entregado mano y fortuna esperando sacar del negocio una corona de reina, se siente la necesidad de tener noticias de allá que no sean las frías y concisas de los periódicos, se desea recibir todos los días la visita de un fiel cuyo fanático entusiasmo avive la fe de los que languidecen en el aislamiento de una ciudad liberal é indiferente.

Por esto D. Carlos, al notar mi exclamación ó más bien dicho mi interjección española de sorpresa, seguida de curiosas miradas, debió tomarme por uno de sus vasallos, por alguno de los que hacen el viaje con la esperanza de admirar al Señor, y pasó junto á mi sonriendo benévolamente.

A pocos pasos detuviéronse ante un escaparate. No miraban nada. Hablábanse en voz baja, y por ciertos movimientos de él adivinábase lo que decía:

—Ahí detrás hay un español. ¡Pobrecillo! Debe ser uno de los nuestros que habrá hecho el viaje sólo por vernos.

Y los dos volviéronse lentamente para ver al vasallo que estaba á pocos pasos. Ella sonreía maternalmente, como animándose con ensayada bondad á que me aproximase. Hermoso momento para haber reproducido una escena de la Edad Media, arrodillándose á sus pies, pidiéndoles las regias manos para besarlas y acogiendo como un gran honor el que su egregia majestad se dignase hablarme de tú.

Pero no sé qué demonios vieron en mí, no sé si reí ó hice alguna mueca, lo cierto es que repentinamente recobraron su gravedad de reyes cesantes, alejándose como si nada hubiera pasado.

Después volví á encontrarlos. La plaza de San Marcos es el único paseo de Venecia, y, aunque grande, se cruza uno en una tarde más de cincuenta veces con las mismas personas. Siete ú ocho días estuve en Venecia, y en este tiempo perdí de cuenta los encuentros con el regío matrimonio, el cual parecía multiplicarse, como si tuviera don de ubicuidad: unas veces paseando en el Lido, otras en góndola en el Gran Canal, y hasta una noche en las mesas del café Florián. Acabé por sabérmelos de memoria.

Y siempre al verle á él, asaltaba mi imaginación el mismo recuerdo. Me transportaba á los tiempos de mi niñez; la juventud en masa arrancada de los campos y talleres para reforzar el ejército; el movimiento de producción paralizado; el progreso detenido; las ciudades convertidas en cuarteles con las trompetas siempre resonando en las calles y las casas repletas de alojados; las columnas pasando y repasando por los mismos sitios con sus soldados andrajosos, polvorientos, tostados, ceñudos, con luengas barbas y mirada fosca, siempre en busca de un enemigo que sólo se mostraba cuando era cien contra uno; las sangrientas luchas de kabila reproduciéndose en Cataluña y el Maestrazgo; el hermano matando al hermano; el padre fanático reconociendo el rostro del hijo en el recluta que acaba de tender á sus pies; el cura de Santa Cruz resucitando la guerra de horda, luchando á impulsos de la barbarie hereditaria, como pudiera luchar una tropa de hunos; los bandidos con boina cegando las simas con carne humana; inermes prisioneros con los pantalones caídos y obligados á huir tambaleantes ante la caballería que los acuchilla, mientras los canallejas del *requeté* celebran con carcajadas esta broma macabra; los pueblos viendo horrorizados en sus plazas, donde antes se celebraban alegres fiestas, los fusilamientos de hombres á los que se arranca de los brazos de su esposa y de los pequeños que se agarran á sus piernas; viejos sacerdotes, odiados por ser liberales, con una cuerda al cuello, de la que tiran los chicos de la partida, paseados como perros rabiosos por montes y barrancos hasta que caen al fin acibillados á tiros y bayonetazos; las vías férreas cortadas; las estaciones derrumbándose entre llamas; los trenes rotos y desvalijados mientras los viajeros se alejan á pie, formando un rosario de prisioneros, entre culatazos y palos, como una caravana sorprendida por los beduinos; Cuenca coronada de chispas y nubes de denso humo, con las calles empedradas de cadáveres y muebles descerrajados, y las casas desplomándose para ocultar entre sus escombros los horrores del robo y la violencia; y todo esto cúmulo de crímenes... fue-

ron por este hombre que se pasea tranquilo, satisfecho de lo que él llama sus derechos, convencido de que mientras cuente con el apoyo de unos cuantos miles de imbéciles ó de desalmados, su única obligación en la tierra es desangrar y deshonorar á un pueblo infeliz.

Nunca como al ver de cerca á ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del gentío, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia á través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muchas veces odiosos. Entonces comprendí que hay tiros ó puñaladas que pueden resultar santos si libran á toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vistan de luto, todo por culpa de nn solo hombre.

Por desgracia en el mundo el mal retoña siempre. Entre gentes que aspiran á un trono, suprimir al padre es hacerle un favor al hijo, que desea la desaparición de aquél para ver saciadas sus ambiciones; y el peligro no está en el pretendiente, sino en la barbarie nacional, en el fanatismo de esa gran masa ignorante que cree como artículo de fe lo que dice el cura guerrillero, se entusiasma con la leyenda sangrienta de Cabrera, semejante á la de Atila, y sueña en resucitar lo más deshonesto y muerto de las tradiciones.

Cuando se trata de un régimen político basado únicamente en la bondad de las ideas, es inútil hablar de las personalidades que lo representan; pero el carlismo es un partido puramente personal; lucha por encumbrar á un individuo, al que cree despojado; y yo, mirando á D. Carlos, me preguntaba: «¿Qué hay de extraordinario en este hombre, en este veterano de Afrodita, que guarda en su médula enferma y su espalda encorvada el recuerdo de vergonzosas campañas? Le siguen ciegamente miles de españoles como representante de la tradición nacional, á pesar de que no es español, de que ha nacido en Austria, de haberse educado en todas partes menos en España, y de que todo su españolismo consiste en enseñar el castellano á su mujer, á pesar de hablarlo tan mal como ella.

Nada hay en D. Carlos que revele al hombre intelectual. Tiene buena presencia; es brutalmente guapo como un antiguo granadero; su gallardía es la de un semental poderoso que no pierde golpe. Su rostro moreno y barbudo tiene el perfil arrogante del pueblo donde nació y á cuya raza tal vez pertenezca. Trae á la memoria esos húngaros bizarros que acampan á las puertas de nuestras ciudades en busca de calderos que remendar; pero cuando se quita el sombrero, la frente estrecha y deprimida y la cabeza exageradamente pequeña, revelan al hombre de materiales apetitos, en el cual el irresistible impulso hacia el placer no ha dejado lugar á otras aspiraciones.

El hecho de haber nacido nieto del titulado Carlos V, le ha proporcionado el cómodo oficio de pretendiente; pero la Naturaleza le creó guapo, voraz y sin seso, para ser *groupier* en Monte Carlo ó un *monsieur Alphonse* de los que viven mantenidos por cualquier *cocotte* parisien.

En Italia la indiferencia ó el desprecio le rodean. Se fué de Milán porque los periódicos de esta ciudad, que están á la altura de los primeros del mundo, le dijeron tremendas verdades cuando el ruidoso pleito del Toisón de Oro y á raíz de la muerte de doña Margarita, á la que hicieron justicia como resignada víctima de la infidelidad conyugal. En Roma le es imposible vivir, porque el Papa no le quiere cerca, temeroso de que supongan le apoya el Vaticano; y por esto tiene que aburrirse en Venecia, la ciudad de tradiciones republicanas, que rinde fervoroso culto al revolucionario Mazzini, y, cansada de burlarse de D. Carlos, al que llama *re di mazo de carta*, ó sea rey de baraja, ha acabado por no acordarse de él.

El más absoluto vacío reina en torno de su persona. Yo le he visto pasear toda una tarde por la Riva de los Esclavones, donde estaba lo mejorcito de Venecia, y sólo le saludaban los gondoleros, los mismos que por media lira de propina se quitan el sombrero media docena de veces y llaman á cualquiera *excellenza* ó *egregio padrone* otras tantas.

¡Los gondoleros! Estos son los únicos admiradores y partidarios que D. Carlos tiene en Venecia. Recuerdo lo que uno de ellos me decía una noche de luna, encorbado sobre el largo remo con que iba batiendo las sombrías aguas que corren bajo el puente de la Paja, al internarnos en las tortuosas callejuelas:

—¿Conque el señor es español? Yo conozco mucho al rey del señor.

Y á esta introducción siguió un largo silencio, hasta que, animado por repentina confianza, «ya que el señor era español,» consideró oportuno hacer el elogio de mi rey.

Un completo caballero. Ese sabía vivir. Y como divertirse... ¡Maddona!, ¡quién pudiera hallarse dentro de su piel! Había gastado mucho dinero en Venecia, ¡hombre más protector! No había en la ciudad una rubia bonita á la que no conociese, y una verdadera corte de rufianes le rodeaba, proponiéndole nuevas adquisiciones. Aquello era en vida de la primera mujer y durante su viudez: luego todo había acabado, y si algo quedaba aún, era con mucho secreto. ¡Buen genio tenía la nueva princesa! Bastaba ver el aire de aburrido con que se paseaba, agarrado al brazo de su esposa, para comprender que sentía la nostalgia de su pasada vida. ¡Oh! El gondolero conocía bien á mi rey. Más de una noche le había llevado en su barca á la casa de cierta rubia, ya algo ajada, que él me podía enseñar cuando yo quisiera. Y hablaba á continuación de noches tormentosas, pasadas por mi rey con otros príncipes extranjeros; de bromas estrepitosas en la camareta de la góndola con muchachas de las que revolotean después de media noche por la plaza de San Marcos; de *juergas* que milagrosamente no fueron á terminar en el fondo fangoso de los canales: y yo notaba en todo el relato de aquel alcáhuete cierto fondo de ironía, como si por mi nacionalidad me creyera de una raza inferior.

Sentíame molestado en aquel instante por ser español. Aquel bellaco que conocía bien á mi rey, compadeciame y tal vez pensaba que los de mi país deben ser muy brutos, cuando se rompen la cabeza por un hombre que mil veces había conducido desde las casas peores de Venecia al palacio de Loredán.

¡El palacio de Loredán!... ¡Qué ilusiones despiertan estas palabras en la imaginación de los fieles carlistas! El rústico de las Vascongadas, el *payés* de las montañas catalanas, el cura del Maestrazgo, se imaginan un palacio portentoso, un alcázar de las *Mil y una noches*, un santuario donde reside el ídolo de la legitimidad y de la tradición.

Y la realidad no puede ser más triste. El tal edificio es una casuca pintada de amarillo, con grietas revocadas, tres ventanas por piso en la fachada que da al Gran Canal, y sin otro adorno artístico que dos pilotes hundidos en el agua, pintados con los colores de nuestra bandera y rematados con una corona dorada, que sirven para amarrar las góndolas de los visitantes. Si le llaman palacio es porque en esta ciudad todos los edificios antiguos tienen tal título, aun los que sirven de casas de vecindad.

Los españoles residentes en Venecia conocen bien el interior de Loredán, y de sus relatos se desprende que la casa es siempre fiel reflejo del hombre.

Ese D. Carlos, al que sus fieles ensalzan como hombre ilustradísimo porque ha corrido mundo, sin considerar que también las maletas viajan, reside muchísimos años en Italia, patria de las artes, ha derrochado herencia tras herencia un sinnúmero de millones, y sin embargo ningún artista famoso ha visto adquirida por él ninguna de sus obras.

Para echarla de Mecenas y aficionado á las artes, le basta con mantener como un lacayo á un infeliz pintamonas navarro, que embadurna retratos del Señor para que éste los regale á los casinos del partido, y cuando se siente inspirado plagia las batallas napoleónicas de Messonier, pintando cuadros que representan á D. Carlos á caballo, soberbio como Bonaparte y desfilando ante él confusos y avergonzados los prisioneros liberales. Por algo se inventó el refrán «pintar como querer».

Mas no por esto carece Loredán de un museo. Pero es con arreglo á los gustos de su dueño. En lujosas vitrinas están los trabucos de los cabecillas, muestras de los capotes y boinas que gastaban los batallones navarros, sables oxidados por la sangre, lámparas formadas con manojos de bayonetas, recuerdos de muerte y de violencia que evocan un pasado tristísimo; un museo, en fin, digno de aquellos señores feudales que vivían de la rapiña, aislados en su alto castillo, á donde sólo llegaban los cuervos, ó que hubiera hecho furor en la hermosa cabaña de algún bárbaro de las selvas célticas.

Y justamente esto es lo que D. Carlos se apresura á enseñar á cuantos personajes le visitan en su aburrido destierro, y con mal disimulada complacencia explica la historia de cada arma, los liberales que acuchilló este sable, los soldados que mató aquel trabuco.

Recuerdo una noche en que hablando de D. Carlos paseaba por frente al palacio de los Dogas con un ilustre artista español que hace muchos años reside en París, donde ha alcanzado triunfos gloriosísimos.

—Yo no tengo ideas políticas—me decía.—En París visitaba á Ruiz Zorrilla, porque era un español ilustre; y cuando voy á Madrid trato á Cánovas y Sagasta. Pero en el extranjero me domina el patriotismo, y aunque todos los años resido una temporada en Venecia, me he negado siempre á ir á Loredán, á

pesar de las invitaciones y de que D. Carlos manifiesta deseos de conocerme. No: jamás entraré en una casa donde un hombre que quiere ser amo de España, enseña á los extranjeros como museo de preciosidades unas armas que sólo han servido para asesinar soldados españoles.

BLASCO IBAÑEZ.

EL ENEMIGO COMÚN

Hasta qué punto están ya de procaces é insolentes los carlistas, dícelo bien claro el que hasta *La Epoca*, periódico que se distinguió siempre por su mesura en el lenguaje, se vió precisado á escribir el martes:

«*El Correo Español* se desata anoche en rebuznos contra *La Epoca*.

Tratándose de irracionales, no tenemos que contestar más que una sola palabra: ¡So!»

Volvamos todos á la realidad y combata-mos á esa gente.

Los demás podemos entendernos en algo, ya que hay algo que á todos nos es común: la libertad. Con los carlistas es imposible.

Por mi parte, tratándose de combatirlos me aliaría hasta con los conservadores, de quienes me separan tantas cosas.

Y hay muchos que piensan como yo; me lo dicen las cartas de felicitación que recibo por haber emprendido la publicación de *Los crímenes del carlismo*: entre ellas hay varias de monárquicos.

El tiempo y las variaciones constantes de nuestra política habían hecho olvidar esos crímenes; hay que recordárselos al país para que se renueve el odio contra esos que se echan al campo en nombre de una idea política muerta, ó á pretexto de defender la religión, pero en realidad para robar, asesinar, incendiar y violar.

Se quiere presentar á esas hordas como llamadas á salvar á España, y hay que destruir la leyenda. Antes que el carlismo, el anarquismo.

CORAZONADAS

Eusebio Blasco va á publicar un libro de versos, con ese título. Allá va una composición como muestra.

¡UN DURO AL AÑO!

I

Monte arriba, cara al viento,
buscando reposo y calma,
íbame yo muy contento
dándole descanso al alma,
y cuando á lo alto llegué
y al dar la vuelta á la cima,
un rebaño me encontré
que se me venía encima.
Avanzaban las ovejas
marchando al paso tranquilas,
y pasaban las parejas
al sonar de las esquilas;
y á los últimos reflejos
de los rayos vespertinos,
las ví perderse á lo lejos
por los ásperos caminos.
Detrás de ellas, lentamente,
dando al aire una canción,
y sacando indiferente
su mendrugo del zurrón,
venía un pastor, un niño,
un imberbe zagalejo,
que me inspiró ese cariño
que es tan súbito en un viejo.
—Hola, ¿tú eres el pastor?
—Sí, señor, ¿y qué se ofrece?
—¿Tienes padres?

—No, señor,
—¿Cuántos años tienes?

—¿Y cuánto ganas, amigo?
—Un duro.

—¿Al día?

—¿Un duro al mes?
—¿Anda, maño!

—¿Que no, digo!
—Un duro al año!

II

Le dejé que se marchara
y en el monte me senté,
y avergonzado, la cara
en las manos oculté.

Pasaron por mi memoria
templos, palacios y reyes,
los aplausos y la gloria,
los discursos y las leyes,
los millones del banquero,
las fiestas del potentado,
réditos del usurero,
ladrones en despoblado,
fortunas mal heredadas
en el tapete perdidas,
cortesanas celebradas
de ricas galas prendidas,
los que del lujo se ufanan,
tantas glorias, tanto daño...
y en tanto hay seres que ganan...

¡Un duro al año!

III

¡Un duro! ¡Oh, Dios, ¡Cuántas veces
lo habré derrochado yo
en miles de pequeñeces
que mi gusto me pidió!
En comer sin tener ganas,
en caprichos, en favores,
en vanidades humanas,
en guantes, coches y flores,
en un rato de placer,
en un libro sin valor,
en apostar, en beber,
en humo, en un buen olor...
Y ese duro que se olvida
en cuanto correr se deja,
era un año de la vida
de aquel niño que se aleja...
Y vi que somos peores
todos los seres humanos,
unos, falsos soñadores,
otros, falsos puritanos,
ya ateos y ya creyentes,
todos en el daño iguales,
resolviendo diligentes
grandes problemas sociales;
y hay seres que en esa edad
que ignora su propio engaño,
deben á la humanidad...

¡Un duro al año!

IV

¡No! Mientras del frío Enero
en una espantosa noche,
mi prójimo, por dinero
me lleve á mi casa en coche;
mientras de la mina oscura
saque el carbon tanta gente,
pasando tanta amargura
para que yo me caliente;
mientras de la alegre fiesta
salga yo, que siento y creo,
y al pobre que me molesta
le mande airado á paseo;
mientras derroche la moda,
y se gasten grande ó chico
mil duros en una boda
mil en entierros del rico,
y hasta el sol desigual sea
en dar al hombre sus rayos,
y haya niños con librea
que me sirvan de lacayos,
ni creo en leyes humanas
ni en el que las bombas tira...
¡palabras, palabras vanas,
mentira, todo mentira!
No hay á las penas consuelos,
¡sufrir y siempre sufrir!
¡El Cristo se fué á los cielos,
pero volverá á venir!
Su reino será de espanto,
sus leyes muy diferentes,
¡y allí se ha de ver el llanto
y el rechinar de los dientes!
Y ha de subir á mil codos
más alto, el nuevo diluvio,
y en él moriremos todos;
y más alto que el Vesubio
nos ha de ver impasible,
ese niño, ese pastor,
ya convertido en terrible
ángel exterminador,
y entre torrentes de lava,
gritará de su alto escaño:
—«Yo soy aquel, que ganaba
¡Un duro al año!»

V

Así, á mis solas decía
solo, en la cumbre del monte,
mientras el sol se escondía
en el rojizo horizonte.
En la sombra se ocultaban
lentamente las aldeas,
y en la ciudad humeaban
las fabriles chimeneas.
Veíanse allá las cruces
de las santas catedrales,
y los rayos de las luces
de las fiestas mundanales.
Allí viven reunidos
miles de seres humanos;
allí rezan compungidos
los que se llaman cristianos
entre el ruido y movimiento
de las modernas ciudades,
resumen triste y cruento
de las necias vanidades...
y allá, perdido en la plana,
cantando, tras su rebaño,
iba aquel niño, que gana
¡Un duro al año!

EUSEBIO BLASCO.

Es magnífica la composición y destruye por completo cuantas majaderías místicas viene escribiendo su autor de algún tiempo acá, tal vez por agenciarse diariamente el duro (aunque sea multiplicado por cuico) que el pobre pastor ganaba al año.

Es verdaderamente lamentable que hombres como Blasco hagan coro, sin sentirlo, á la chusma reaccionaria, sólo para ir viviendo, y no dediquen su talento á combatir constantemente la organización social que sale triturada en la magnífica (lo repito nuevamente) poesía que he copiado.

EL GENERAL DE LOS FRAILES

Trozos de una carta de un coronel del ejército que pelea en Filipinas:

«El día que se escriba la crítica verdad de esta campaña, causará asombro tanto desatino y tanto desbarajuste. Con la octava parte de las bajas sufridas ha podido terminarse la campaña. El día 10 dicen que se cantará el *Te Deum* por la terminación de la guerra. Y yo, y como yo todos los que hemos metido el cuerpo, entendemos que no sólo no se ha terminado, sino que falta mucho. Falta lo peor, lo más difícil. Hay que luchar mucho y en mucho peor terreno que lo hemos hecho hasta ahora. Esta campaña es de amigos, y á pesar de cuanto se dice, nos reserva grandes sorpresas y triple número de bajas de las que hasta ahora hemos tenido. Esta es la verdad. Lo demás, infundio. Y muchas de las repulaciones colosales creadas en esta campaña carecen de base. El tiempo, que no engaña, lo demostrará. El que merece elogios sin fin es el héroe anónimo, el sufrido y valiente soldado que no tiene rival en el mundo.

Hemos hecho una campaña de hambre. Al soldado se le ha tratado aquí con abandono sin ejemplo. Nadie, absolutamente nadie, se ha ocupado de él. El 24 y 25 del pasado Marzo dejamos en Salitrán ciento y tantos heridos y en Imus 200. Fueron abandonados como cerdos, en el propio suelo de la iglesia, donde pasaron aquellos desgraciados OCHO DÍAS, sin más asistencia, ni más curación, ni más recursos que un botiquín con el cual se prestó curación á los que se pudo, pues para todos no había.

Algunos desgraciados murieron antes de ser trasladados á Manila, y hay que tener en cuenta que la traslación representa como maximun de ocho á diez horas de marcha, y los inconvenientes no serían muchos, cuando yo solo, á caballo, recorrí el camino que media de dichos puntos á Manila en los días en que se encontraban olvidados de todo el mundo. Detalles de este género puedo referir mil, y guardo documentos escritos muy curiosos que en su día probarán mis afirmaciones.

Desde el 25 por la noche hasta el 31 estuvo media brigada en Imus sin recibir el soldado más que un día, que fué el 27, un cuarto de ración de etapa.

Yo no canto alabanzas, porque no hay quien las merezca aquí de verdad más que el soldado y los oficiales.

Si fuera á referir todo lo estupendo que aquí sucede, no acabaría nunca.

No hay nada que perturbe más la razón que las alabanzas estrepitosas é injustificadas, y aquí se han

puesto de moda en forma tal, que hasta las campanas han perdido su equilibrio. La prensa ha triplicado sus tiradas y ha aumentado el tamaño de los periódicos en un cuádruplo. En fin, que todo el mundo se ha vuelto loco.»

Los párrafos anteriores son los únicos publicables de la carta de ese coronel, pues los hay muchísimo más graves. Por ellos puede valuar el mérito del general de los frailes.

Una disculpa tiene: que no se puede repicar y andar en la procesión, esto es, fusilar á centenares á los tagalos enemigos de los frailes, y atender antes y después de la lucha al soldado que se bate contra los que las demasías, excesos y hasta crímenes de esos frailes han lanzado á la rebelión.

En situaciones deplorables he visto á muchos, más á ninguno en peor que á ese señor Polavieja. Como general, ha seguido el plan de Blanco; como soldado, ha permanecido lejos de los lugares donde se batía el cobre; únicamente como servidor de los venganzas frailes-cas ha quedado á gran altura.

¡Y querían presentarnos á ese hombre como un Molke para que después sirviera los intereses de la reacción!

Bien reventado está, pese á silvelistas, integristas, mestizos y demás servidores de los frailes filipinos.

PUÑALADAS MÍSTICO-FUNERARIAS

El colegio de Chamartín es una verdadera mina para los jesuitas y para los enterradores. El tifus ha hecho en dos épocas recientes estragos terribles en sus mal alimentados alumnos; y ahora que el tifus descansa, el cuchillo hace sus pinitos.

El día 15 del actual, la divina Providencia dispuso que un criado de la cocina, llamado Prudencio Marigorta, cansado ya de los insultos y malos tratos de Miguel Urbiet, hermano cocinero, y exasperado por tres beatíficas coces que acababa de soltarle, empuñase un cuchillo seráfico y le ojalase por ocho veces el costal de los pecados.

El ojálador se entregó sin resistencia alguna, y entre los jesuitas hubo gran discusión sobre lo que habían de hacer para echar tierra al asunto; mas como el hermano se desangraba, comprendiendo que su estado era grave, telefonearon al médico de la Compañía, Sr. Tolosa Latour.

Este negóse á ir á Chamartín diciendo que para asistir á estos accidentes echaran mano del facultativo del pueblo; y en vista de tal contestación, avisóse al médico de Tetuán, el cual fué y reconoció al herido.

Los jesuitas quisieron que se ocultase lo ocurrido, pero el facultativo se negó á ello, diciendo que tenía el jesuita dos heridas de pronóstico reservado, y por consiguiente había que dar cuenta á las autoridades.

Insistieron los padres, pero el médico, cumpliendo su obligación y para salvar responsabilidades, dió cuenta al juez municipal de Tetuán, el cual se presentó á tomar declaración al agresor y al herido, ingresando por fin en la cárcel el primero é interviniendo después el juez de instrucción del Colmenar.

El hecho es vulgar y corriente y no hay que volver sobre él. Lo que merece fijar la atención es el empeño de los jesuitas en que las autoridades no intervinieran, cosa que hubiesen conseguido sino dan con un médico digno é independiente como el de Tetuán.

Aun cuando bien mirado, no es extraño que se atrevieran á formular tan inconcebible exigencia. Los que consiguieron que los padres de los alumnos que han muerto del tifus en el colegio, callasen por no perjudicarlos, ¿cómo no habían de creer que un médico de un pueblo se prestase á la ocultación que pretendían?

No son ellos los peores, sino sus auxiliares y cómplices, entre los cuales hay tantos, ó

más, del partido fusionista que del conservador.

¡Cuándo los barreremos á todos!

SAN MOTÍN

ABOGADO CONTRA LOS HUNDIMIENTOS

Hace algunos años se demostró en Granada que EL MOTÍN sirve de pararrayos. Cayó una chispa eléctrica en una casa, hizo de las suyas en varias habitaciones, entró en una empapelada con números de EL MOTÍN, coqueó un poco en ella, y por fin la abandonó sin causar el menor desperfecto en personas ni enseres.

Véase ahora lo que ha ocurrido en Altafilla, según nos comunica un suscriptor y querido amigo:

«Voy á referirle á usted un gran milagro que hace pocos días ha ocurrido en esta su casa.

Eran las 10 de la noche y habíamos concluido de cenar. Mi hijo se marchó antes de lo regular, y quedamos de sobremesa mi hija, de diecisiete años, y yo.

Como de costumbre, aprovechamos el tiempo para leer los cinco periódicos librepensadores que recibo.

Esta noche era el usted, EL MOTÍN, el que había tomado mi hija para leer.

Aun no hacía diez minutos que mi hijo había marchado (esto le salvó,) y que mi hija estaba leyendo, cuando de repente se hundió la habitación en que estábamos.

La mesa en que nos apoyábamos, con el quinqué y dos mesas más, desaparecen y quedamos á oscuras.

Al oír mi hijo el gran ruido y los gritos de su hermana acude con la luz, y nos encuentra, á mí suspendido entre ruinas encima de una viga que al caer había formado un arco, y á mi hija, sin poderse mover debajo de la única viga que no había desaparecido; es decir, que de las 7 á 8 vigas que sostenían el piso, esta fué la única que quedó para salvar á mi querida hija.

Al ruido acudieron también varios vecinos, y juntos con mi hijo me sacaron de la mala posición en que me encontraba, pero sin haber recibido ni un rasguño, ni un golpe.

¿A qué atribuir tanta suerte? No lo sé; mas creo que la Providencia de los tontos é hipócritas está siempre más dispuesta á favorecer á los herejes é impías que no á los malvados y jesuitas.

¡Cosa rara! Aun no sabemos donde fué á parar EL MOTÍN. En ninguna parte lo hemos encontrado.

Tal vez se lo llevó la Providencia para salvar y hacer otro milagro en favor de otros herejes malditos que están quitando la tranquilidad á los negociantes religiosos. Suyo

II. SOLER

Quería también dar noticia de este milagro á mi estimado amigo Demófilo, pero no tengo tiempo.

Si tiene usted ocasión de verlo, le faculto para enseñarle esta carta.

Tendrá satisfacción de que nos hayamos salvado.»

El hecho es evidente y el milagro indudable. Provéase, pues, cada español de un número de EL MOTÍN, y no tendrá que temer nada de la cólera del cielo ni de los desequilibrios de la tierra.

Caigan de rodillas los católicos, y reconozcan y confiesen que la Providencia está de parte de EL MOTÍN y de sus lectores.

COSILLAS

Dice La Rerancha de Valladolid:

«Comentario de un ciudadano al ver pasar el viernes por la Plazuela Vieja un fraile muy rechoncho, muy coloradate y muy gordo con un capisayo blanco y unas faldas moradas:

Dicen que los labradores andan buscando un gusano que se zampa el rubio grano regado con sus sudores.

Yo creo que estos señores, si poseen buenos vientos, podrán cazarles á cientos mejor que en campo sembrado, si registran con cuidado las celdas de los conventos.»

Tiene gracia y verdad la decimata, y no hay que echar en saco roto lo que dice, por si se presenta ocasión de realizarlo.

Varias veces he sostenido que la moral es independiente de la religión. Los beatos del Consejo de Instrucción pública opinan ya lo mismo. Véase lo que han escrito:

«Para ser profesor de escuelas Normales, se requiere justificar buena conducta religiosa y moral.»

Claro; se puede ser muy religioso y muy pillo, y se puede ser muy moral sin profesar religión ninguna.

Aplaudo por su franqueza á esos religiosos consejeros.

DISPAROS

Hace pocos días un cura iba leyendo en un tranvía un número de *El Liberal*.

Se le acerca un fraile y le dice que no debe leerse tal periódico.

Abra el ojo el querido colega, y, volviendo á su tradición, no dé calor á viboras.

Ocho ó diez mil contribuyentes dicese que irán á visitar el sepulcro del santo patron de Valladolid.

Una idea: ¿por qué no se impone una cuota crecida de contribución á esos señores que derrochan de tal modo el dinero?

El impuesto sobre el vicio es el que más produce.

El Sr. D. José Marqués, pastor evangélico de Bilbao, se queja de que un juez en Santander celebró el 19 de Mayo un matrimonio civil fuera del salón destinado á actos inherentes á la ley, sin solemnidad alguna, prohibiendo la entrada á los parientes y amigos que acompañaban á los contrayentes y con el sombrero puesto.

No lo extraña.

En Santander domina Comillas y los jueces municipales son hechuras suyas.

En Alcalá de Henares se ha gastado la beatería un dineral en celebrar las fiestas de las sagradas formas.

Y los pobres ¿cómo andan de panecillos? Malditísimamente.

¡Pues viva la religión!

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

FOLLETO 1.º

EL BANDIDO CUCALA.—ORGÍA DE VINO Y SANGRE EN SAGUNTO.—ASESINATOS EN BECHÍ.—FUSILAMIENTOS EN VINAROS Y SEGORBE.—*El Requeté*. ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA.—ASESINO Y MARQUÉS DEL PAPA.—TIGRE TONSURADO.

FOLLETO 2.º

FUSILAMIENTOS EN OLOT.—SENTENCIA CONTRA *Jergón*, SEGUNDO DE ROSA SAMANIEGO.—SALVAJES DE BOINA.—HORRORES EN CHELVA.—BOHEMIOS DE LA REALEZA.—EXTRACTO DEL PROCESO FORMADO CONTRA ROSA SAMANIEGO Y CONSORTES.

FOLLETO 3.º

PRISIONEROS MUERTOS DE HAMBRE.—EL PRIOR DE LA CALZADA DE CALATRAVA.—UN CURA INFAME.—EL CANÓNIGO TRISTANY.—ASESINATOS EN PUERTOLLANO.—SAQUEO DE LIRIA Y ASESINATOS.—SAQUEO DE CHIVA Y ASESINATOS.—SAQUEO É INCENDIO DE ALCORISA.—ROBO Y DESTRUCCIÓN DE MONTALBÁN.—DESTRUCCIÓN DE SONEJA, ROBOS Y ASESINATOS.—ENVENENAMIENTOS EN PINOS.—PAU MANÉ.—TORRES.—JARA.—MÁS CRIMENES.

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEÓN TAXIL

SUMARIO:

Doce años bajo el pabellón de la Iglesia.—La patrona del Paladismo.—Miss Diana Vaughan.—El diablo entre los Masones.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.